

SEMILLAS DE ETERNIDAD

UN VIAJE DE AMOR TRANSFORMADOR

I AM

DANIEL NAMUR SERHAR

© 2025 Mauricio Beltrán

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor.

Primera edición: 2025

ISBN (papel): 978-84-09-77753-2

Depósito legal: DL VA 495-2025

Impreso / Distribuido por: Amazon KDP

Agradecimientos

A Alba, compañera y maestra: con ella aprendí un amor que transforma y eleva; su sostén silencioso me trajo hasta aquí.

A mi madre, por su coraje sin queja y su don de convertir el cansancio en pan.

A mi padre, maestro involuntario: su sombra me obligó a aprender una forma más ancha de mirar.

A los maestros visibles: campesinos, profesores, panaderos, obreros, que me enseñaron que la verdad también huele a leña, a jabón casero y a sopa caliente.

A los maestros invisibles, que llegan como viento en la higuera o zumbido de colmena y recuerdan que todo está unido por hilos de luz.

A los amigos del alma, los que ponen palabra y los que sostienen desde el silencio, por hacer de cada esquina una casa y de cada herida un puente.

A Marina e Ismael, nombres propios y nombres símbolo, por la lealtad sin estruendo.

A los lectores, que respiran entre líneas y vuelven legible lo que la vida dicta en voz baja.

Y a la Madre Tierra, por recordarme cada día las cinco estaciones de don Aurelio: Sembrar, Regar, Soltar, Cosechar, Agradecer. Que nunca nos falte paciencia para los primeros pasos ni gratitud para cerrar el círculo.

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Capítulo 1. El niño que nació en la Matrix.....	13
Capítulo 2. El viajero de los ojos grises.....	18
Capítulo 3. Los libros prohibidos y el despertar	18
Capítulo 4. Rebelde con causa	18
Capítulo 5. Puertas a otros mundos	18
Capítulo 6. Madrid, el cruce de caminos	18
Capítulo 7. Aprendizaje acelerado. YO SOY.....	18
Capítulo 8. El cambio de rumbo	18
Capítulo 9. Maestros de luz y sombra	18
Capítulo 10. Palma de Mallorca. La escuela del espíritu ..	18
Capítulo 11. El llamado de los Maestros Ascendidos.....	18
Capítulo 12. La gran integración	18
Capítulo 13. Del barro al cielo	18
Epílogo. El eco de un camino	18
Nota del autor.....	18

Prólogo

Hay historias que nacen en la calma, como un río que fluye suave entre las piedras, y otras que nacen en la herida, como un grito que busca salida.

La historia de Daniel pertenece a estas últimas.

No es la historia de un santo ni de un héroe extraordinario. Es la vida de un muchacho cualquiera, nacido en un pueblo castellano, en una época gris, en un país que respiraba miedo, silencio y disciplina. Su infancia transcurrió entre el olor a vino del bar de sus padres, el pan caliente de la madrugada y unos silencios que pesaban más que las palabras.

Desde pequeño miró el mundo con ojos asombrados, buscando respuestas que nadie parecía tener. Aprendió pronto que la vida no siempre era justa, y sintió dentro de sí una rabia sorda, una mezcla de dolor y deseo de cambio que no sabía dónde colocar. Pero incluso en los tiempos más oscuros, siempre hay una chispa que resiste. Para Daniel, esa chispa fueron los susurros del viento en las eras, los libros escondidos en rincones discretos y las miradas de quienes, sin hablar demasiado, le dejaban entrever que había algo más allá de lo visible.

Con el tiempo, la vida fue puliendo su mirada. No hicieron falta grandes discursos: bastaron las ausencias en la mesa, las tensiones que nunca se nombraban, los rumores en el bar, alguna caricia a destiempo y esos gestos de bondad que aparecían, de pronto, en medio de la dureza. Sin saber muy bien cómo, Daniel empezó a

sospechar que había algo en él que no encajaba del todo con lo que se esperaba: una voz callada que le pedía mirar más hondo.

No fue un milagro estrepitoso lo que lo cambió, sino un detalle mínimo: una piedra blanca que sentía en su mano, una vibración que solo él oía, la mirada de un campesino que sabía escuchar a los árboles, la visita de un viajero que le habló de una “*Matrix*” más honda que la política y las ideologías.

A partir de entonces, Daniel descubrió poco a poco que la realidad estaba llena de puertas.

Algunas de esas puertas eran exteriores: un tren hacia la ciudad, una facultad llena de libros y consignas, fábricas y asambleas, las primeras amistades adultas, el amor. Otras eran interiores: una respiración que lo devolvía al presente, una mesa blanca en su mente donde ordenar lo esencial, una llama violeta que le enseñaba que el perdón no es debilidad, sino fuerza silenciosa que transforma.

Este libro narra el viaje de Daniel desde el barro de su pueblo hasta una comprensión más amplia de sí mismo y del mundo. No es un viaje lineal: es un tejido de memorias, visiones y despertares. Verás cómo el niño curioso se convierte en un hombre más sabio, no porque haya encontrado todas las respuestas, sino porque ha aprendido a vivir las preguntas con serenidad.

En estas páginas se entrelazan filosofía, espiritualidad, ciencia y poesía, como ocurre en la vida real, donde lo tangible y lo invisible bailan juntos. Aparecen maestros visibles —un profesor, un labrador, un obrero, una mujer que convierte el arte en oración— y maestros invisibles que susurran en la noche y en los sueños. Daniel

recorre ciudades ruidosas, islas luminosas y montañas silenciosas, para descubrir, al final, que el lugar más sagrado sigue siendo su propia conciencia.

Este prólogo es una invitación:

No leas con prisa. Deja que cada palabra encuentre su lugar en tu corazón. Respira entre líneas. Escucha el eco de tu propia vida en la de Daniel. Quizá descubras que su historia es también un espejo en el que asoma la tuya: la sensación de no encajar, el impulso de cambiar las cosas, la búsqueda de sentido en medio del ruido, la intuición de que hay una luz más grande detrás de todo, incluso de lo que más duele.

Si algo desea esta obra, es recordarte que tu vida también es un viaje sagrado; que cada gesto de honestidad, cada respiración consciente, cada acto de cuidado, por pequeño que parezca, forma parte de una misma trama de amor.

Al cerrar este libro, quizás descubras que no has leído una historia; tal vez sepas que también has caminado por tu propio sendero, acompañado por un amigo invisible que te ha susurrado al oído:

“Tú también eres parte de esta luz”.

Capítulo 1. El niño que nació en la Matrix

Noche de Castilla

La noche olía a leña húmeda y a tierra recién labrada. Una luna inmensa se alzaba sobre los campos desnudos de Castilla, iluminando las siluetas torcidas de los olmos que guardaban silencio junto al camino. A lo lejos, el reloj de la iglesia dio las once campanadas con un eco grave. Con cada golpe de bronce les recordaba a los hombres y mujeres que el tiempo seguía corriendo, aunque sus vidas estaban detenidas.

En medio de ese sosiego de pueblo dormido, Daniel Namur abrió los ojos. Era apenas un niño de siete años, pero su mirada ya contenía una mezcla extraña de curiosidad y melancolía. No dormía: escuchaba. Su oído había aprendido a distinguir el sonido de una copa que se golpeaba con fuerza sobre la barra del bar familiar, el golpe de una puerta cerrada con rabia, los murmullos cargados de alcohol que a veces terminaban en gritos.

Aquella noche, aun así, había algo distinto. Mientras su madre trabajaba incansable sirviendo vinos y cafés, Daniel se había quedado solo en la trastienda, sentado sobre una caja de botellas vacías. Su respiración era lenta, profunda. Y así sucedió: sintió un zumbido grave, una vibración honda que parecía surgir de todas partes y de ninguna. No era un ruido cualquiera, sino la vibración del mundo respirando por debajo de las cosas. Las botellas vibraron suavemente; se diría que respondían a una música secreta.

La voz en la trastienda

Daniel parpadeó, desconcertado. El aire se volvió denso, y una presencia cálida lo envolvió. Cerró los ojos y vio, con una claridad imposible, una red luminosa que cubría todo el pueblo. Las casas, las personas, incluso él mismo, estaban conectados por hilos dorados que palpitaban como venas de luz. Por un instante, el miedo se desvaneció y sintió una certeza que marcaría su vida para siempre: hay algo más allá de lo que nos enseñan, algo que no pueden controlar.

—Despierta, pequeño... —susurró una voz femenina, suave como el viento entre los trigales.

Daniel giró la cabeza. No había nadie allí. Solo el crujido de la leña en la cocina y el aroma a anís y vino que impregnaba el ambiente. La voz quedó grabada en su corazón a manera de una semilla.

El amanecer llegó frío. Desde la ventana del pequeño dormitorio, Daniel observaba el pueblo: casas encaladas, chimeneas humeantes, el campanario altivo que parecía vigilarlo todo. La dictadura pesaba sobre aquellas calles, era una losa invisible. Los hombres hablaban en voz baja, las mujeres caminaban deprisa. En la escuela, los maestros repetían las mismas consignas una y otra vez. La religión enseñaba miedo más que amor, y la palabra “libertad” sonaba como un lujo prohibido.

Con todo, Daniel ya había aprendido a escuchar lo que no se decía. Lo había descubierto en las largas noches en el bar, donde los campesinos y obreros, después de unos vasos de vino, abrían su alma

sin darse cuenta. Allí entendió que las personas, cuando se sentían seguras, mostraban un brillo en los ojos que ningún régimen podía apagar.

Su madre, María, era su refugio. Con manos agrietadas y sonrisa luminosa, mantenía a flote el negocio familiar y a sus tres hijos. Su padre, en cambio, era una sombra impredecible: un hombre brillante y adelantado a su tiempo, pero esclavizado por el alcohol. Daniel lo amaba y temía a partes iguales. Con los años, entendería que su padre había aceptado —tal vez sin darse cuenta— ser uno de sus primeros maestros: el que le enseñaría el dolor, la resiliencia y el arte de sobrevivir.

Los inviernos eran largos y oscuros. Daniel hacía sus deberes sobre una fría mesa de mármol, mientras en el salón sonaba una televisión que era un lujo en el pueblo. Aquella cacofonía de risas enlatadas, discusiones políticas censuradas y noticieros propagandísticos no le impedía concentrarse. Su mente era una isla: había aprendido a leer y estudiar con una disciplina férrea.

Pero su verdadera educación no venía de la escuela. Venía de los libros prohibidos que le prestaban jóvenes que volvían de Francia, de conversaciones en voz baja con vecinos inconformistas y de horas enteras observando el comportamiento humano tras la barra del bar. Descubrió que las personas, cuando bebían, se volvían transparentes. Podía adivinar sus miedos, sus sueños rotos, sus secretos más íntimos. Esa capacidad de observación, que más tarde sería una de sus mayores fortalezas, nació en aquel bar de pueblo, entre el humo de los cigarrillos y el tintinear de las copas.

Aprender a ver

Una tarde de otoño, mientras recogía leña con su madre, Daniel tuvo su segunda experiencia extraña. El cielo estaba teñido de naranja y púrpura, y el viento soplaba con fuerza. De improviso, sintió de nuevo aquella vibración grave, a modo de un latido inmenso. Se detuvo, cerró los ojos y vio una figura de luz frente a él: era alta, etérea, vestida de blanco, con ojos que parecían contener el cielo entero.

—No estás solo, Daniel —comentó la figura sin mover los labios—. El mundo que ves no es el mundo real. Algún día lo comprenderás.

Parpadeó, y la visión desapareció. Su madre lo llamó desde unos metros más allá, ajena a todo. Daniel no habló de aquello con nadie. Aprendió a callar, a guardar sus experiencias, que eran un tesoro. Comenzó a mirar a su alrededor con otros ojos. Todo parecía una representación: las reglas, las costumbres, incluso las jerarquías. Sentía que vivía en una gran obra de teatro, donde todos interpretaban papeles que no habían elegido.

Esa sensación lo acompañaría toda su vida. Años después, cuando estudiara física cuántica, leería sobre teorías que decían que el universo podía ser una simulación. Y recordaría aquella voz en su infancia que le susurró: “El mundo que ves no es real”.

Daniel Namur había nacido en 1958, en plena España franquista. Era un niño callado, curioso, con una inteligencia precoz y un corazón protegido tras una coraza invisible. No lo sabía todavía,

pero el destino lo había elegido para un viaje extraordinario: despertar en medio de la Matrix y encontrar la salida.

Mientras tanto, seguía jugando al fútbol en las calles polvorientas, leyendo hasta altas horas de la noche y desarrollando una mente afilada que sería su salvavidas. Nadie sospechaba que aquel muchacho de ojos intensos, que parecía un niño más del pueblo, había empezado ya un camino espiritual que lo llevaría mucho más lejos de lo que cualquiera podía imaginar.

Una noche de invierno, mientras escuchaba el murmullo del viento contra las ventanas, Daniel escribió una frase en una hoja suelta:

"Algún día descubriré la verdad. Y cuando lo haga, encontraré la llave para salir de aquí".

Sin saberlo, acababa de pronunciar el juramento que marcaría toda su existencia.

Alguien llegará pronto a su vida: un maestro misterioso, el primero de una serie de guías que lo acompañarán a romper los muros invisibles de la ilusión.

Ignoraba el nombre de la salida, pero ya llevaba la llave en el pecho.

.

